

## CAPÍTULO QUINTO

### LA TRAPA

“*Tendremos la eternidad para descansar*”. Este lema de monseñor d’Andilly se podría aplicar al período de la vida de Rancé que se nos está abriendo.

Su actividad en la abadía es ahora incansable: restaura, consolida, construye y administra sin parar, sin cansancio aparente. Por eso, el día 29 de agosto, pocos días después de la fecha de inauguración de la iglesia ya restaurada, del ingreso de los monjes de Perseigne y del comienzo de la reforma del monasterio, escribe desde Boulogne a la madre Louise Rogier una carta que pone bien de relieve el momento crucial de su camino de conversión. Hace claramente referencia a la reforma iniciada en la Trapa y lo comenta, diciendo que ha tenido que cambiar los planes personales de pasar el invierno en Boulogne<sup>1</sup>, porque: “Esta obra, la Trapa, me parece de tal importancia para la gloria de Dios, que no me es posible abandonarla por largo tiempo en estos sus comienzos ...; no crea que todo esto me aleja de Boulogne ...”, donde aún pretende retirarse: “Vivo siempre con grandes deseos de hacer penitencia, pero sin hacerla; con gran sentimiento de mis miserias, pero languideciendo cada día en ellas<sup>2</sup>”.

En septiembre ya estaba de retorno en la Trapa, donde se hospedó en casa del administrador y su familia durante todo el invierno. Continuó sus esfuerzos de restauración, dejándose tranquilamente edificar por la vida regular que llevaban los religiosos; asistía a sus oficios, practicaba su abstinencia, llegaba hasta tomar parte en sus trabajos y se interesaba por ellos, como si fueran hijos de quienes tuviera responsabilidad<sup>3</sup>. Pero dudaba aún si tomar una decisión definitiva, aunque se comprometía cada vez más profundamente. De hecho, en la ausencia del maestro de novicios, tomó también esta función. El ejemplo de su vida tenía que ser muy edificante, porque un día uno de sus religiosos llegó a decirle: “De verdad, monsieur, confieso que me gustaría que fuera usted nuestro abad regular, como ahora es nuestro abad comendatario. Seríamos de verdad muy felices de poder tenerlo como maestro y guía en el camino de la salvación. Me parece que usted ha nacido para este cargo<sup>4</sup>”.

En cierto sentido, Rancé sentía que le acosaba el asedio de Dios, pero, una vez más, sólo pidió que oraran por él. En una carta de Alet, de agosto/septiembre de 1662, ponía en este período el tiempo “en que yo comencé a ver claro<sup>5</sup>”. Reconocía más que nunca que para él “la gracia del espíritu de soledad, que Dios le había otorgado, le habría hecho conseguir su salvación<sup>6</sup>”, y a una de sus hermanas religiosas escribía: “Me equivocaría de verdad, si descubriera que Dios quiere de mí algo distinto de la ocultación y del silencio<sup>7</sup>”.

Pero esta soledad con la que se contentaba sin ir adelante, frenado en un camino más decisivo por su aversión al sayo, ¿se quedará en la de un abad comendatario verdaderamente reformador, y además residente en una abadía, con el cómodo hospedaje debido a su rango? En el fondo, había dejado mucho: mundo, riquezas, fama. ¿Era este su verdadero camino? Estaba buscando un signo, y este signo le fue dado, o al menos él creyó descubrirlo, en un accidente que le sucedió en aquellos días.

El 31 de octubre había subido a visitar los trabajos de restauración de su casa abacial, pero apenas había salido de los apartamentos, cuando el suelo de la habitación se hundió. ¡Ciertamente no era aquel el lugar donde debería habitar! Improvisamente le vino de nuevo el pensamiento de la muerte y de la brevedad de esta vida. Aumentó su generosidad con el monasterio, y, bajo testamento, dio a la comunidad su biblioteca y sus muebles, como reparación y restitución por “el perjuicio que les había hecho”.

Al inicio del nuevo año 1663, fue a París, y durante su permanencia en el Oratorio encontró en febrero a monsieur de Comminges, que le recordó su conversación, tenida dos años antes con ocasión de su viaje a los Pireneos. No mucho tiempo después de Pascua, el 17 de abril, en la iglesia abacial, Rancé vivió un momento fuerte, que le condujo a la decisión definitiva de hacerse religioso. Así nos lo cuentan sus biógrafos<sup>8</sup>: Había terminado de celebrar la Misa y estaba dando gracias mientras los religiosos salmodiaban sexta. A las palabras del salmo: “*El*

*que confía en el Señor es como el monte Sión, no vacila y está firme para siempre ...*<sup>9</sup>”, finalmente Rancé tuvo certeza de la vida que tenía que llevar y gozó profundamente de la seguridad de su decisión. Sí, sería monje, ¡un “fraile”!

Diversos elementos habían intervenido, antes de este decisivo, para poner fin al largo período de incertidumbres.

El lugar tuvo que tener mucha importancia en esta decisión. Boulogne, en efecto, estaba en un sitio remoto del bosque de Chambord, pero, comparado con la Trapa, era aún bastante accesible. La Trapa, por el contrario, se encontraba mucho más alejada de las localidades adaptadas para albergar elegantes construcciones de caza, con todo el ambiente mundano que las frecuentaba. Además, los edificios en ruinas eran cada vez más un desafío y un estímulo para su conciencia. En efecto, desde su infancia él había disfrutado de las rentas que podrían servir y servirían para su restauración. La violenta hostilidad de los monjes no reformados, los cuales constituyeron para él un peligro muy concreto, que quizá no hubiera evitado sin la ayuda de Monseñor de Saint-Louis, fue para él un motivo más de compromiso en la reforma de la Trapa, en vez de Boulogne.

Monseñor de Comminges dio un empujón decisivo hacia tal decisión, madurada a la luz de la fe. El hecho de que entrara en religión su sobrina Louise-Henriette, tan subrayado por todos los biógrafos<sup>10</sup>, no hay que ponerlo, por cierto, en el mismo plano que la decisión de Rancé, sufrida en lo más profundo, pero, en cuanto a sentimientos, tuvo con toda seguridad un peso sobre el alma de su tío.

Seis años después de la muerte de madame de Montbazou, la conversión era completa. Pero quedaban todavía algunos obstáculos que superar antes de poder ser abad regular.

En abril se dirigió a París, donde encontró a Jouaud, abad de Prières y vicario general de la reforma cisterciense. Le pidió su aprobación, mas ésta no llegó tan fácilmente: “Usted es sacerdote, doctor por la Sorbona, le dijo Jouaud – nada de invitación –, persona de palabra distinguida, educado en la delicadeza y el lujo; está habituado a llevar un alto tenor de vida, a disfrutarla; está a punto de ser obispo, tiene un temperamento muy débil, y pretende ser monje, que es la condición más abyecta de la Iglesia, la más penitente, la más escondida, la más despreciada. Desde ahora en adelante deberá vivir entre lágrimas, trabajando en el retiro, y estudiando sólo a Jesús crucificado; en fin, renunciar al mundo y a todos los placeres, de los que ha gozado. De verdad, señor, reflexione<sup>11</sup>”. Rancé respondió: Es verdad que soy sacerdote, pero, padre, hasta ahora he vivido de manera absolutamente indigna de este carácter. Soy doctor, pero no conozco el abecedario del cristianismo; los ignorantes roban el cielo, mientras que yo perezco con mi doctrina y mis conocimientos, si usted, padre, no tiene compasión de mí. Es verdad que en el mundo he obtenido cierto éxito, pero todavía es más verdad que he sido como aquellos mojones que se encuentran a lo largo de la calzada para indicar el camino, pero ellos nunca se mueven. Es una decisión tomada delante de Dios; quiero hacer penitencia; concédame la gracia que solicito<sup>12</sup>”. Por fin, el abad Prières se sintió iluminado con estas palabras, aunque no totalmente convencido. Se inició aquí una amistad que duró toda la vida<sup>13</sup>.

Aún había que convencer al consejo real, muy contrario a este tipo transformaciones, pero, gracias a la intervención de la reina madre, se obtuvo, el 10 de mayo, la licencia de permutar la encomienda por título regular; mas, en primera instancia, sólo fue concedido a título de favor personal. El resto del beneficio de Boulogne fue transferido a Henri Barillon<sup>14</sup>, que apenas había vuelto de una visita de Alet.

Las últimas ataduras con el mundo externo habían quedado rotas, y Rancé, exactamente en la mitad de su vida, inició un camino del todo nuevo. Escribiendo el 30 de abril a la madre Louise, o quizá a su tía – existen copias de la carta con direcciones distintas – decía: “Estoy convencido que se sorprenderá cuando sepa la resolución que he tomado, de dedicar el resto de mi vida a la penitencia, bajo el hábito y la regla de San Bernardo. Dios me ha guiado por caminos absolutamente desconocidos durante muchos años, pero, en fin, desde hace ocho o diez meses (octubre de 1662), su misericordia me ha inspirado los sentimientos en que me encuentro actualmente, y he comenzado a ver todo más claro. Ahora estoy convencido de que el estado donde quiere que yo entre es el de la vida regular. Quiera Dios recibir lo poco que he hecho, y

contentarse con el deseo que tengo de hacer más, si no me lo impide el peso de mis pecados... Si no encontrara en la acogida de sus misericordias lo que no puedo encontrar en mis acciones, por grande que fuera el cambio que se produjera en mi persona, yo viviría sin consuelo sobre la tierra. Mas confieso que, así como la confianza que he tenido en sus bondades me impide caer en esta tentación, del mismo modo me impulsa a abandonarme enteramente en su divina providencia. Así, yo me pongo totalmente bajo su guía, y le dejo disponer para siempre de mi persona y de todo lo que soy. De esto puede deducir claramente cuánta necesidad tengo de las oraciones de mis amigos, para obtener de Dios que yo corresponda fielmente a las gracias que me hace. Por consiguiente, le suplico, ruegue al Señor por mí, pídale que refuerce mi vocación, que me conceda un poco del espíritu de aquellos grandes solitarios cuyas acciones me fascinaban en otro tiempo, como usted sabe bien, dado que Él me consagra al retiro y a la soledad para el resto de mis días. Le aseguro que no pasará día sin que yo le recomiende a Él. Es la única señal que le puedo dar de la estima y del respeto que he tenido siempre por usted, y lo conservaré incondicionalmente en cualquier situación en que quiera ponerme la divina providencia<sup>15</sup>”.

No podemos por menos de notar en estas pocas líneas el profundo sentimiento de la propia pobreza, unido al grandísimo deseo de ponerse a disposición de Dios, que acoge a todos aquellos que son, por así decir, tocados por su gracia en lo más íntimo de su ser. También Rancé se sentía pequeño, incapaz ante el querer de Dios, y se acercó al que consideraba más grande que él, con una sencillez desconcertante. Verdaderamente, Dios había iniciado una obra maravillosa en este orgulloso hijo del gran siglo, hasta hacerlo casi irreconocible.

El 30 de mayo el abad Rancé mandó tocar la campana grande del monasterio para reunir a los religiosos en capítulo, y les dio la noticia de su irrevocable decisión de salir para Perseigne, donde haría el año de noviciado según las reglas, antes de emitir los votos y ser su abad conforme a la regla de S. Benito.

Según el testimonio de los biógrafos, los monjes quedaron profundamente impresionados y edificadas por esta decisión, y lo animaron a proseguir el camino iniciado; más aún, uno de los viejos monjes fugitivos, don Bernier, suplicó a Rancé que le llevara con él, y su camarero personal también quiso seguirlo a Perseigne.

“Veo claro que no existe ninguna relación entre la vida que he llevado hasta ahora y la que voy a comenzar. Pero sé bien que no hay nada por encima del poder de Dios, y que Él puede completar lo que su misericordia ha iniciado en mí<sup>16</sup>”. Así escribía al obispo de Alet.

El 13 de junio tomó el hábito de novicio en su nuevo monasterio, y comenzó el año de noviciado canónico.

Este año fue para Rancé una de las pruebas más difíciles que nunca antes se le habían presentado. Por primera vez en su vida independiente, él tuvo que someter completamente su voluntad a la de otros en la obediencia. Sin ser ya joven, y habituado siempre a disponer libremente de sí mismo y de todos los momentos del día, hubo de cambiar su forma de vivir durante todas las horas del día y de la noche, sin ninguna posibilidad de opción y en una obediencia perfecta. Los rigores físicos de una alimentación austera, el sueño cortísimo y el trabajo manual fueron mucho más allá de cuanto nunca antes había experimentado.

Sus biógrafos nos cuentan que una de las primeras cosas difíciles que tuvo que realizar en el noviciado fue desempeñar la obligación de limpieza de los servicios higiénicos; pero él, lejos de encontrarlo repugnante, hizo de este humilde servicio uno de los medios más aptos para expiar sus propios pecados. El fervor del novicio no tenía límites, y sabemos que pidió con insistencia un retorno más fiel a las austeridades primitivas de la Regla: pan negro, silencio absoluto y humillaciones públicas por parte del superior. A todas estas cosas, debemos añadir la fatiga enorme de tener que caminar con el paso lentísimo de un recluta. Él, tan ardoroso e inteligente, roía el bocado, y al final cayó enfermo. En octubre tuvo que volver a la Trapa para curarse. Su estado era bastante grave, hasta el punto de que los médicos se vieron obligados a pronosticar su probable muerte próxima. Los “viejos amigos”, que habían juzgado con cierto sarcasmo su decisión de hacerse monje y sus ‘excesivas’ austeridades, triunfaban. Pero muy pronto comenzó a mejorar y, después de una breve convalecencia, volvió a Perseigne, no muy

lejana, donde la reforma estaba siendo violentamente hostigada. Su intervención tuvo éxito, y poco después de su vuelta al monasterio le fue confiada una nueva misión. Acudió a la abadía de Vaux-de-Cerney<sup>17</sup>, donde pudo también hablar con el vicario general de la 'estrecha observancia', don Jouaud. Éste dudaba aún, casi seguro, acerca de admitir o no a Rancé a la profesión religiosa. El coloquio parece que tuvo éxito positivo, pues en el camino de retorno Rancé pasó por la Trapa, donde cumplimentó las últimas formalidades testamentarias, y dejó lo que le quedaba, bien a la comunidad de la Trapa, o a la de Perseigne.

Mientras se acercaba el día de la profesión, y en cuanto Rancé, fiel a sí mismo, estuvo seguro de que le concederían emitir los votos, quiso declarar hasta el fondo sus intenciones, sea al prior de Perseigne, como al vicario general de Jouaud. Así nos lo cuenta Gervaise: "Todo estaba pronto, y ya se acercaba el día establecido para la profesión. De improviso, todo fue puesto en entredicho por una circunstancia muy singular... Como el abad Rancé era recto en todas sus acciones, antes de comprometerse, juzgó oportuno manifestar sus intenciones a los superiores. Declaró que en la reforma en acto no veía nada que se aproximara al espíritu primitivo de nuestros padres y de nuestros fundadores; dijo también que todas las observancias primitivas habían sido mitigadas; que no había quedado nada de aquella antigua penitencia que tanto había contribuido a la edificación de la Iglesia, y que él quería hacerla revivir en su monasterio. Naturalmente, estas declaraciones suyas no podían por menos de hacer reflexionar a sus superiores. La reforma en el interior de la Orden cisterciense había tomado una forma bien definida, tenía sus reglas, parecía ya poder caminar segura por su camino. Las ideas de Rancé podían provocar una verdadera y auténtica escisión de la Orden. Muchos factores debieron intervenir en el consentimiento que le fue concedido. Sin duda, su nombre, su personalidad excepcional y el temor de perder tan importante personaje tuvieron su peso, y, después, la vida misma pondría sus terribles frenos al fervor del principiante. "Hará lo más que pueda en el interior de su monasterio<sup>18</sup>"; así pensó Jouaud salir de esta difícil situación. Por esto Rancé, con el consentimiento de los superiores, emitió los votos el 26 de junio de 1664.

Delegó en su amigo Félibien<sup>19</sup>, quien tomó posesión de la abadía de la Trapa en su nombre el 3 de julio, y le evitó tener que intervenir en la festiva ceremonia.

Entre tanto, él se preparaba a la bendición abacial, y la recibió el 13 de julio en la abadía benedictina de Saint-Martin, en Séz, diócesis en la que se encontraba la Trapa, de manos de monseñor Patrick Plunkett, obispo irlandés de Ardagh, exiliado. Al día siguiente tomaba personalmente posesión de su abadía.

A finales de junio, decía así a la madre Louise: "Me he consagrado a Dios para el resto de mis días, en el estado que me ha parecido más vil y despreciable, y, por consiguiente, mucho más apropiado para hacer penitencia de todos mis pecados... Me he visto como un hombre condenado al infierno por la gravedad y el número de sus pecados, y al mismo tiempo he creído que el único medio para aplacar la cólera de Dios era el de entregarme a una vida de penitencia perpetua<sup>20</sup>". Una carta parecida había escrito a una de sus hermanas del monasterio de la Anunciación tres días después de la profesión.

En este momento, en Rancé dominaba el deseo de purificarse, de hacer penitencia de los propios pecados, y estaba muy lejos del proyecto de reformar la Orden. Era un neófito absolutamente inexperto de vida religiosa, sobre todo de la vida cotidiana del común de los religiosos, ignorante de las costumbres benedictino-cistercienses y, por consiguiente, de una tradición secular. Él conocía muy bien sólo a los solitarios de oriente y en particular a su preferido, S. Juan Clímaco, a través de los escritos de A. d'Andilly. Todo esto le fue reprochado muchas veces cuando, veinte años después, se vio envuelto en amargas polémicas. Tomó, en efecto, el pesado encargo abacial completamente inexperto y, en los primeros años, cometió muchos errores, que más tarde reconoció con mucha humildad.

### NOTAS

<sup>1</sup> Corr., I, para una religiosa [Madre Louise Rogier], 29 de Agosto de 1662, p. 197.

<sup>2</sup> Ibid., I, para una religiosa, 22 de Mayo de 1662, p. 188.

<sup>3</sup> Ibid., I, para una religiosa [Madre Louise Rogier], 22 de Septiembre de 1662, p. 198.

<sup>4</sup> Le Nain, I, c. VII, p. 45-46.

<sup>5</sup> Corr., I, para una Superiora [Madre Louise Rogier], 30 de Abril 1663, p.207-208.

<sup>6</sup> Ibid., para una religiosa, 22 de Dic. de 1662, p. 204.

<sup>7</sup> Ibid., para la Madre [Thérèse Bouthillier], 4 de Noviembre de 1662, p.203.

<sup>8</sup> Todos sus biógrafos refieren este episodio: Le Nain, I, c. VII, p. 46-47; Marsollier, II, c. III, p. 128; Maupeou, I, p. 124; Dubois, II c. XVIII, p.228; Krailsheimer, c. I, p. 16.

<sup>9</sup> SI 126.

<sup>10</sup> Hija de madame d'Albon, hermana de Rancé. Conservó una profunda y fiel veneración por su tío, cuya obra defendió en los momentos de mayor dificultad. Al comienzo de su vida religiosa tuvo muchas dificultades con su superiora, madre Louise Rogier de la Marbellière. Murió repentinamente el 27 de diciembre de 1688.

<sup>11</sup> Le Nain, I, c. VII, p. 47-48.

<sup>12</sup> Ibid., p. 48.

<sup>13</sup> Ibid.

<sup>14</sup> Obispo de Luçon del 1671 al 1699, aceptó Boulogne, el beneficio de Rancé, su amigo de juventud. Fue también íntimo amigo de Le Camus.

<sup>15</sup> Corr., I para una superiora [Madre Louise Rogier], 30 de Abril de 1663, p. 207-208..

<sup>16</sup> Ibid., para el Obispo de Alet [Nicolas Pavillon] 30 de Mayo de 1663, p. 211.

<sup>17</sup> La abadía de Vaux-de-Cernay fue fundada en 1128 y fue la primera hija de Savigny. Ella fue incorporada, con toda la Congregación de Savigny a la Orden del Císter en 1147. 'Madre' de la Abadía de Breuil-Benoît ella es la 'abuela' de la Trapa

<sup>18</sup> Manuscrit de Saepht-Fons, cahier IV, p. 330 cit. en Dubois, III, c. III, p. 249-250.

<sup>19</sup> Amigo y compañero de Rancé en 1664, escribió un diario de este viaje y de su estancia en Roma.

<sup>20</sup> Corr., I, para una superiora [Madre Louise Rogier], 30 de Junio de 1664, p. 224-225